



Horacio Jaime Harrington

La antítesis cabal de un sabio convencional

A lo largo de su vida, Harrington produjo distintos textos que aún hoy son obras de referencia para los estudiantes e investigadores del sector de la Geología. Se dedicó a aprender y a enseñar para ser guía de quienes se acercaron a su trabajo. Esta semblanza pretende dar cuenta de su trayectoria profesional y mostrar las particularidades de una personalidad que impide ajustarlo a cualquier prototipo.

“Éste es un libro escrito como quien charla de bueyes perdidos, apoltronado junto a la estufa, estirando los pies hacia el fuego y con un vaso de whisky en la mano. Es un libro escrito porque sí. Porque los libros están para ser escritos. Pero confieso que me he divertido al escribirlo sin tener que ceñirme, por una vez al menos, al seco y preciso rigorismo científico (...) Es ésta una especie de ‘geología por dentro’, vista desde las bambalinas...”. De esta manera comienza una de las obras escritas por Horacio Jaime Harrington, *Geología entre bambalinas*, y sus palabras dejan entrever un aspecto clave de su trayectoria: la capacidad de ser diferente.

Nació el 17 de septiembre de 1910 en Bahía Blanca, pero realizó sus estudios secundarios en Capital Federal. Se graduó como Doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1933 y logró el PhD de la Universidad de Oxford en 1936. De vuelta en la Argentina, se unió al cuerpo de profesores de la UBA como ayudante y profesor adjunto de la cátedra de Geología y más tarde como profesor titular de Geología General e Histórica. Su carrera como docente incluyó la suplencia de la cátedra de Paleontología y el profesorado de Geología Regional de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata.

En 1953 emigró a Estados Unidos, pero no pudo escapar a su vocación de enseñar. A su llegada fue nombrado profesor de Geología en Hamilton College, luego *research professor* en la Universidad de Kansas, profesor honorario en Sedimentología y *Rose Morgan Professor* en la misma institución. Durante estos años se desarrolló como director del departamento exterior de Tenneco Oil Co, en Houston, lo que le



permitió visitar distintos países. En 1964 se alejó de este cargo para dedicarse a ser consultor geológico.

Su regreso a la Argentina se produjo en 1971 y, gracias al trabajo de varios ex alumnos, fue nombrado profesor del Departamento de Ciencias Geológicas de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Además, fue invitado por el CONICET para integrarse a la Carrera de Investigador Científico y formó parte del grupo fundador de la Asociación Geológica Argentina, del que fue su primer presidente. Por otro lado, participó constantemente de asociaciones geológicas del exterior, como la de Canadá y la de Perú, y fue miembro activo del Comité de Geología Estructural en la Unión Internacional de Ciencias Geológicas.

Luego de una rigurosa recorrida por su trabajo profesional es momento de hacer referencia a lo que realmente diferenció a Harrington y lo convirtió en una autoridad geológica mundial y atemporal: su personalidad multifacética. “Pirucho” o “Jim”, como lo conocían sus íntimos según el país en el que estuviese, era una persona fuera de lo común. Era un hombre distinto, interesado por cosas y actividades muy variadas. Leía autores griegos y latinos en idioma original, caracteres mayas y jeroglíficos, escribía libros, dibujaba y pintaba. Incluso, de memoria, podía jugar hasta cinco partidas de ajedrez y recitar varios sonetos de Shakespeare.

Su hijo, Patricio Harrington, está lleno de anécdotas; algunas que surgen a partir de haber vivido junto a quien supo contagiarle la profesión de geólogo y otras que le transmitió su madre, que acompañó a Horacio Harrington en muchas de las expediciones. Recuerda que parte de la familia vivió en Acapulco, donde tenían un negocio: “Los pobladores del lugar les llevaban de vez en cuando objetos mayas que no tenían problema en encontrar fácilmente. Algunas cosas eran legítimas y otras estaban falsificadas. Pero un buen día apareció un niño con cinco pedacitos de una cosa negra atada con cueros. Si se lo veía a trasluz se notaban caracteres mayas. Era un cuero de venado en el que los mayas habían grabado un códice. Este cuero viajó a Houston, donde papá vivía, y así él terminó carteándose con dos de los más grandes expertos en escritura maya, porque leía maya. Era un individuo descollante en cualquier cosa que hiciera”.

Según la opinión de Horacio Harrington, la geología necesitaba de muchísima imaginación y de un pensamien-

to en tres dimensiones. Si alguien no era capaz de afrontar estos requerimientos, debía dedicarse a otra cosa, porque quien no pudiese ver una formación y cerrar los ojos para imaginar lo que sucedía debajo, no podría ser un buen geólogo. Para él, la geología era como tocar el violín, una obra inconclusa no finita, y esto lo emocionaba porque le permitía tener delante de sus ojos un ente en constante cambio. Su objeto de estudio le permitía aplicar su propia técnica: desmenuzaba lo que estudiaba y lo enfocaba de distintas miradas, lo deshacía y volvía para atrás para luego avanzar.

Su bibliografía incluye más de 50 contribuciones a la literatura geológica y paleontológica, como así también una gran cantidad de reportes. Entre sus libros se destacan *Volcanes y terremotos* y *Geología entre bambalinas*, pero una gran parte de su trabajo desapareció. Al recorrer la vida de este profesional se descubre un episodio que llama la atención por sobre los demás. En el año 1971, cuando decidió volver con su familia de Estados Unidos a la Argentina, para aligerar la mudanza envió todas sus pertenencias –estudios, anotaciones, libros, fotografías y 45 cajones de información incluidos– por barco. Luego de zarpar, la navegación, de nombre *Tacuari*, naufragó frente al Cabo Polonio en las costas de Rocha, Uruguay, llevándose a las profundidades las pruebas de todos los años de labor de Harrington. Pareciera como si la tierra hubiese querido revelar sus secretos y luego, arrepentida, se los arrebatase para llevarlos nuevamente a su interior.

Era alguien perseverante, a quien le gustaba gozar de la vida, disfrutaba de la naturaleza y de su geología. Era un experto a nivel mundial y muchas especies y subespecies hoy llevan su nombre. Pero lamentablemente descuidó la salud y falleció a la edad de 63 años, privando a sus alumnos y a su profesión de los conocimientos que era capaz de transmitir y de la posibilidad de conocer a un intelectual de renombre. A pesar de que actualmente la tecnología haya evolucionado, todo ha cambiado pero no ha cambiado nada. Los principios de la geología siguen siendo los mismos y la vigencia de los estudios de Horacio J. Harrington como base de nuevas investigaciones y en la formación de profesionales del área es indiscutible. ■

** *Petrotecnia* agradece a Patricio Harrington por su participación en esta nota, otorgando información, datos y documentos para su realización.